



Reflection from Fr. Joey Evangelista, MJ
Eleventh Sunday in Ordinary Time

Our God is the good shepherd who takes good care of his flock. God freed the Israelites from slavery in Egypt; he bore them on eagles' wings and brought them to himself. While the nation of Israel was worth nothing to the King of Egypt, God treated them like his own children.

God has shown us this same love in Jesus. We know how Jesus offered his life even when his disciples had not fully grasped what he had taught them. Even after the resurrection, they continued to struggle to make sense of their traditions in relation to the life, death, resurrection, and teachings of Jesus. Despite their inadequacies, Jesus patiently helped them understand everything and sent them the Holy Spirit.

This is how much God loves us. He frees us from all that enslaves us, whether it is oppressive societal situations or a lack of understanding regarding vital matters of life and faith. He has looked after us with love and kindness for generations. We are not a random people to God. He has claimed us as his own, whether we deserve it or not. As the psalmist sings: "We are his people: the sheep of his flock."

In the gospel reading, Jesus sends the twelve to carry out God's mission, giving them authority over unclean spirits to drive them out and to cure every disease and illness. This mission is God's continuous, saving action in the world. It is the continuation of God's work of setting the Israelites free from slavery in Egypt, as well as the continuation of Jesus' salvific death on the cross and the eternal life God grants us through his resurrection. It is a mission to declare that the kingdom of heaven is at hand, and it is addressed specifically to those on the sidelines of history: to the sick and dying, to those who have given up hope, and to those who have been consumed by evil.

When Jesus sends out the twelve disciples, he is sending the Church. This mission does not belong solely to the twelve, but to the whole Church, as the twelve disciples represent the totality of the Church. In the gospel, Jesus calls the disciples by name, and he also sends them in pairs. In the same way today, God sends us, the Church, to continue this same mission. He is not sending anonymous persons; he knows our names and calls us to this mission personally. At the same time, he sends us as a community. By sending the disciples in pairs, he intended for this mission to be accomplished together rather than by isolated individuals. He is calling each and every one of us, sending us as the Body of Christ to proclaim that the kingdom of God is at hand.

The month of June marks one year since the immigration raids began in downtown Los Angeles. All of us have been affected by the current immigration climate in our country. Parishioners of both Precious Blood and Saint Kevin have been deeply impacted—whether by having a family member detained, facing self-deportation, or living in constant fear. This reflects the broader situation our country faces today. Yet, it is precisely into this current state of things that we are being called by God to proclaim that the kingdom of heaven is at hand. Systematic discrimination, hatred, and fear have imprisoned many of us. God is calling us each by name not to give in to this evil, but instead to be a community of disciples witnessing to God's great love. We do this by being a neighbor to the stranger, feeding the hungry, and caring for the sick. In this way, we can make everyone—especially those who are discriminated against and neglected—truly feel that we are indeed God's people, and we are his flock!

Reflexión del Padre Joey Evangelista, MJ
XI Domingo Ordinario

Nuestro Dios es el buen pastor que cuida con esmero de su rebaño. Dios liberó a los israelitas de la esclavitud en Egipto; los llevó sobre alas de águila y los ha traído a sí mismo. Aunque la nación de Israel no valía nada para el rey de Egipto, Dios los trató como a sus propios hijos.

Dios nos ha mostrado este mismo amor en Jesús. Sabemos cómo Jesús ofreció su vida incluso cuando sus discípulos no habían comprendido del todo lo que él les había enseñado. Incluso después de la resurrección, ellos continuaron luchando por dar sentido a sus tradiciones en relación con la vida, muerte, resurrección y enseñanzas de Jesús. A pesar de sus limitaciones, Jesús pacientemente los ayudó a entenderlo todo y les envió al Espíritu Santo.

Así es como Dios nos ama. Él nos libera de todo lo que nos esclaviza, ya sean situaciones sociales opresivas o una falta de comprensión respecto a asuntos vitales de la vida y la fe. Él nos ha cuidado con amor y bondad durante generaciones. No somos un pueblo cualquiera para Dios. Él nos ha reclamado como suyos, lo merezcamos o no. Como canta el salmista: «El Señor es nuestro Dios y nosotros su pueblo».

En la lectura del Evangelio, Jesús envía a los doce a cumplir la misión de Dios, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos para expulsarlos y para curar toda enfermedad y dolencia. Esta misión es la acción salvadora y continua de Dios en el mundo. Es la continuación de la obra de Dios de liberar a los israelitas de la esclavitud en Egipto, así como la continuación de la muerte salvífica de Jesús en la cruz y la vida eterna que Dios nos concede a través de su resurrección. Es una misión para declarar que el reino de los cielos está cerca, y está dirigida específicamente a aquellos que se encuentran al margen de la historia: a los enfermos y moribundos, a los que han perdido la esperanza y a los que han sido consumidos por el mal.

Cuando Jesús envía a los doce discípulos, está enviando a la Iglesia. Esta misión no pertenece únicamente a los doce, sino a toda la Iglesia, ya que los doce discípulos representan la totalidad de la Iglesia. En el Evangelio, Jesús llama a los discípulos por su nombre, y también los envía de dos en dos. De la misma manera hoy, Dios nos envía a nosotros, la Iglesia, para continuar esta misma misión. No está enviando a personas anónimas; conoce nuestros nombres y nos llama a esta misión personalmente. Al mismo tiempo, nos envía como comunidad. Al enviar a los discípulos de a dos, su intención era que esta misión se llevara a cabo juntos y no por individuos aislados. Él nos llama a todos y cada uno de nosotros, enviándonos como el Cuerpo de Cristo para proclamar que el reino de Dios está cerca.

El mes de junio marca un año desde que comenzaron las redadas de inmigración en el centro de Los Ángeles. Todos hemos sido afectados por el clima actual de inmigración en nuestro país. Los feligreses tanto de la Preciosa Sangre como de San Kevin se han visto profundamente afectados, ya sea porque un familiar ha sido detenido, porque se enfrentan a la autodeportación o porque viven en un miedo constante. Esto refleja la situación general a la que se enfrenta nuestro país hoy en día. Sin embargo, es precisamente en este estado actual de las cosas donde Dios nos llama a proclamar que el reino de los cielos está cerca. La discriminación sistemática, el odio y el miedo han encarcelado a muchos de nosotros. Dios nos llama a cada uno por nuestro nombre para que no cedamos ante este mal, sino que seamos una comunidad de discípulos que dan testimonio del gran amor de Dios. Lo hacemos siendo prójimos de los extranjeros, alimentando a los hambrientos y cuidando a los enfermos. De esta manera, podemos hacer que todos —especialmente aquellos que son discriminados y abandonados— sientan verdaderamente que el Señor es nuestro Dios y nosotros su pueblo!